

Podemos construir historias a partir de fragmentos; memorias, a partir de recuerdos; momentos, a partir de imágenes. De eso se trata parte de nuestro oficio; de componer y configurar un universo de información que estaba dispersa o que permanecía oculta ante nosotros.

Quien ejerce la labor de coleccionar busca reunir información de manera particular. Unos lo hacen por tema; otros, por gama de colores; otros, por periodos de tiempo. Cada uno le imprime su especificidad y hace de este trabajo algo que busca ser conservado. Hay un temor latente en quienes coleccionan que radica en tener todo sobre su colección y preservarlo para que sea visto por las generaciones futuras. Algunos incluso exhiben esta información y hacen de ella un altar, una galería de objetos que hablan del pasado.

Cuando los científicos de la información se enfrentan a este tipo de colecciones, deben no solo organizar, sino también comprender su naturaleza. Descifrar una colección es como descifrar el mundo; es entrar en la mente del otro y entender la manera en la que está compuesta su trama. Un símil visual es el *collage*, compuesto por fragmentos que poseen una relación semántica capaz de construir ideas mediante el uso de imágenes y colores diferentes.

Quienes analizamos el orden o el sentido de la información no escapamos a pensar, cuando estamos frente a una colección, en las posibilidades y en la complejidad de la mente humana para crear relaciones y hacer en un pequeño trozo de papel, en un álbum o en un archivo, la síntesis de lo que pensamos y del papel que ocupamos en el mundo.

Luis Carlos Toro Tamayo
director/editor
Medellín, diciembre del 2018
doi: 10.17533/udea.rib.v42n1a01

